



Código documento: 080cas
Nombre documento: Relatos y cuentos: El intérprete de las nubes
Idioma: Castellano
Fecha creación: 26 de noviembre de 2010
Autor: Gregorio de Zaragoza

El intérprete de las nubes

A la salida del pueblo está la capilla renacentista. En su interior guarda dos tesoros, un crucero alto y rectilíneo y un retablo, de intenso dramatismo, decorado con fuerte colorido.

En la tarde del domingo fuimos a hacer unas fotografías al conjunto, fue entonces cuando me percaté de las facciones del malvado personaje que hostigaba al Cristo doliente. "El retablo de los judíos" como sinónimo de malvados y depravados, es el título de la expresiva representación de la Pasión de Jesús. Los demás personajes también tienen aspecto patibulario pero es el personaje central, arrodillado, el que da fuerza a la escena.

Muy delgado, de prominente nariz, mejillas descarnadas, mandíbula desdentada que sobrepasa su faz en al menos diez centímetros terminada en una perilla, que sirve para afilar más aun el perfil del personaje.

El artista se "ha pasao", no cabe duda de su intención, quién vea la escena comprenderá rápidamente la vileza de la acción de esa raza innombrable, encarnada en el sujeto de la perilla.

Hicimos las fotos, comprobamos el penoso estado de conservación del conjunto y volvimos al refugio.

No hicimos cena, comimos los últimos restos de los días pasados, aún así la cena fue espectacular, pimientos rellenos de morcilla, un poco de conejo estofado, queso y algo de embutido. Estábamos dando cuenta del queso cuando subió las escaleras un peregrino. Afuera llovía. Llegó hasta nosotros a contraluz y cuando pudimos verle dimos un respingo, teníamos delante de nosotros al judío del retablo; delgado (muy delgado), moreno, nariz ganchuda y prominente, largas barbas recogidas bajo la barbilla con una goma de pelo y como notas discordantes, una gran mochila y dos pares de gafas puestas a la vez, unas delante de otras. Dijo ser holandés y se expresaba con cierta facilidad en francés e inglés. Hablaba con voz queda y pausada.

El hospitalero le indicó el dormitorio y el baño y le invitó a bajar a cenar. Una vez instalado le enseñé lo que podíamos darle de cenar para que eligiera y la elección fue consistente; huevos revueltos con pimientos rojos y sancocho de carne con tomate. Además, comió pan, mucho pan, embutido, paté, aceitunas y pepinillos, avellanas y nueces, queso, dulces, turrón, bebió vino tinto y blanco, cava, licor de flores, licor café, mucha leche, leche con cava que se convirtió en una desagradable pasta blanca cubierta de espuma, más vino, licores y leche.

Mientras cenaba le enseñé la fotografía del judío del retablo y sonrió como si se reconociese.

Luego, mirando otras fotos en las que los rayos de sol hacían dibujos entre las nubes, el peregrino se animó y comenzó a hablar deprisa. No le entendía y se lo hice notar. Me contó que hacía fotos a las nubes, con una cámara desechable y que luego leía los dibujos que hacen en el cielo, le indicaban el tiempo que haría y le indicaban el camino. El día anterior había seguido unas nubes que adquirieron la forma de una sirena que nadaba entre en el algodón del cielo. La sirena le trajo al pueblo y al refugio.

A la mañana siguiente acudí al refugio del Camino para despedirme del hospitalero, era temprano pero Joseph, que así se llamaba el peregrino, ya se había aseado y estaba desayunando. Leche, pan, bizcocho, embutidos, paté, queso...

Me sonrió y comenzó a contarme que la noche anterior había tenido que levantarse varias veces, ya que la copiosa cena le había hecho sentirse transparente, y veía el interior de su cuerpo luchando con una digestión interminable.

Le pregunté si estaba haciendo el Camino de Santiago, me miró, se quitó los dos pares de gafas y me dijo que seguía las nubes.

Lo vi marcharse, iba mirando el cielo, cuando miré en la misma dirección que él, no me extrañó ver en las nubes la figura de un minotauro.

El laberinto en el que vivía no le eximía de la dureza de la vida, tampoco parecía importarle.

Dos meses después, Marina, una amiga hospitalera, lo acogió en Burgos. Joseph vivía en la calle con temperaturas de 10 grados bajo cero, ganaba algún dinero tocando la flauta en alguna plaza concurrida. Marina terminaba su turno de hospitalera, Joseph no podía quedarse más días en el albergue de peregrinos, no protestó, dio las gracias y salió.

Al mes siguiente, Marina volvió a estar otro turno de hospitalera, encontró a Joseph en la calle y le invitó a dormir algún día en el albergue, había sitio y Joseph no molestaba.

– Gracias, prefiero no perder mi puesto bajo el puente, si voy al albergue, a la vuelta igual no tengo sitio.

Siguiendo a las nubes se le vio alejarse hacia el Levante.

Hoy me han contado que sigue leyendo las nubes, ya no las fotografía, las pinta en tiernos cuadros que intenta vender y vivir de ello.

Buen Camino Joseph.

Gregorio de Zaragoza